

EL NEGRO Y LA «RAZA CÓSMICA» DE JOSÉ VASCONCELOS (1925)

The black and the “cosmic race”
of José Vasconcelos (1925)

Jean-Pierre Tardieu
Université de La Réunion

Resumen: La corta pero densa obra *La raza cósmica* del ideólogo y político mexicano José Vasconcelos no representa una aventura intersideral de una humanidad amenazada por la destrucción o una búsqueda de conquistas extraterrestres. Pero no deja por ello de exponer una extraña ficción futurista. La mencionada obra recoge apuntes relativos a un largo viaje que José Vasconcelos hizo por Brasil y Argentina, así como artículos de su autoría sobre dichos países. En este trabajo evocaremos la obra en la que Vasconcelos expone sus ideas sobre el mestizaje.

Palabras clave: *La raza cósmica* (1925), José Vasconcelos, Nueva raza, Negro, Mestizaje

Abstract: The short but dense work *La raza cósmica* of the mexican ideologist and politician José Vasconcelos does not represent an interstellar adventure of an humanity threatened with destruction or a search of extraterrestrial conquests. It cannot but expose a strange futurist fiction. The mentioned work collects notes relative to a long journey that José Vasconcelos did through Brazil and Argentine, and some papers written by him about this countries. In this work, we shall evoke the writings of Vasconcelos which expose his conceptions about the people intermingling.

Keywords: *La raza cósmica* (1925), José Vasconcelos, New race, Black, Miscegenation

Introducción

En *La raza cósmica*, publicada en el año 1925, el ideólogo y político mexicano José Vasconcelos (1882-1959), seducido por la teoría de la evolución, aboga a favor del surgimiento de una nueva raza a partir de las tres raíces, india, europea y africana, que se van mezclando en el Nuevo Mundo. Sin embargo, por lo negativo de sus consecuencias históricas, rechaza la idea de la selección natural, inclinándose por una proposición utópica relacionada con el pensamiento de Platón, para quien lo hermoso conduce a lo bueno, el movimiento vital, y la segregación por la cual eclosiona una élite. Según el discurso de Vasconcelos, el negro tiene que abandonar su monstruosidad para que, en el crisol de la fusión, brinde su resistencia física a la superioridad del espíritu del blanco (Vasconcelos, 1958).

Vasconcelos, motivado por un pasado de violencias y sumisiones impuestas por el Imperio hispánico a indígenas avasallados y negros esclavizados, y por un presente de dominación anglosajona, se las da de visionario imaginando a un hombre nuevo nacido de la generalización del mestizaje, que apareció desde los inicios del Nuevo Mundo ibérico y desvirtuaría los seculares antagonismos interétnicos a favor de un nacionalismo emprendedor. Por ello, a través de su texto *Indología*, elaborado en 1926 e incorporado posteriormente en sus *Obras completas*, puso de nuevo en el tapete el tema del surgimiento en Iberoamérica de una raza mestiza como manifestación de la evolución del género humano:

El destino ha querido que las razas que viven en la América Latina no se mantengan separadas, sino que junten aun sus sangres. De esta mezcla ha surgido el mestizo de indio y blanco, el mulato de negro y blanco, y estas mezclas no son más que la levadura de una estirpe humana que tendrá que reemplazar a todas las razas conocidas hasta la fecha (Vasconcelos, 1958: 1297).

Sobre esta base, el presente artículo tiene la intención de analizar el papel concedido por Vasconcelos al hombre negro en el marco del surgimiento de la «raza cósmica» en Iberoamérica, único lugar en el mundo donde, a su modo de ver, podría producirse. Si se enmarca esta visión utópica en el conjunto de las *Obras completas*, publicadas entre 1957 y 1961, se hace más evidente unos visos preocupantes, relacionados en particular con las teorías de Joseph Arthur Gobineau. Los cuatro volúmenes de las *Obras completas* mencionadas constituyen un instrumento de análisis literario e histórico imprescindible a la hora de abordar las propuestas de Vasconcelos.

1. La raza cósmica

En *La raza cósmica*, Vasconcelos no alude de un modo directo a la esclavitud del negro en América. Pero hace hincapié en el texto *Pesimismo alegre* de 1931,

al hablar de lo perjudicial del trabajo servil para el desarrollo de las potencialidades económicas de Nueva España:

Pero la Nueva España se hubiese convertido en antorcha de los siglos si en vez del trabajo de los esclavos en las minas se hubiese aprovechado el trabajo, la inteligencia, el valor de todos los habitantes del reino, blancos e indígenas, pintos o negros; nadie tiene derecho de hacerse a un lado, cuando se trata de las tareas de un bien entendido heroísmo. La esclavitud, por una parte, y el afán de lucro de los propietarios, deben de haber hecho odiosos, pueden hacer todavía odiosos, los trabajos mineros (Vasconcelos, 1957: 229).

Tres años más tarde, con motivo de un viaje de Jamaica a Cuba, Vasconcelos denuncia en *La tormenta*, publicada en el año 1936, la crueldad del tráfico de negros organizado por los anglosajones, sin evocar la responsabilidad de los hispanoamericanos:

Cruel situación la que han creado los anglosajones a las razas de color. Primero, los extrajeron del África para venderlos como animales, y ya en América parecen desear exterminarlos como a los indios... Y sin embargo, por todo lo que yo advertía, era evidente que hay una gran finura de alma en la casa oscura. Un sentido de compasión que no es tan común, quizá, en el mundo corriente (Vasconcelos, 1957: 1067).

En 1937 Vasconcelos hizo una breve introducción a su libro *Breve historia de México*, incluido posteriormente en sus *Obras completas*. Recordó que Washington, pese a sus timbres de libertador, había mantenido especialmente esclavos negros, y asevera también que Lincoln había abolido la esclavitud, aunque solo por razones políticas (Vasconcelos, 1961: 1306-1308).

En la misma obra, apenas si se refiere el filósofo al papel de los negros en la conquista de Nueva España y luego en la Colonia, con unas rápidas alusiones al esclavo que, para halagar a Narváez en su lucha contra Cortés, gritó: «mira que los romanos no han hecho tal hazaña» a Estebanillo, el compañero de Cabeza de Vaca durante la travesía por el sur de los actuales Estados Unidos de América, y en la rebelión de los negros de México en 1537. En su introducción hace hincapié en el hecho de que los negros cultos de las Antillas se proclaman latinos, lo cual es muy significativo de su visión histórica (Vasconcelos, 1961: 1306-1376, 1447-1449).

En el prólogo de *La raza cósmica*, Vasconcelos denota la propensión de las razas a mezclarse cada vez más, introduciendo a renglón seguido un concepto relacionado con los adelantos científicos del siglo XIX, a saber: el de la selección darwinista. No niega que la selección natural que salva a los aptos, condena al mismo tiempo a los débiles. Allí se encuentra el origen de la doctrina de Gobineau, que fue expuesta por este conde francés en su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, ensayista que, sin embargo, enfatiza a los propios darwinistas y a los viejos sostenedores del Spencerianismo (Spencer, 1861), que abogaron con el tiempo por la necesidad de abolir toda discriminación racial, y por educar a todos los hombres en la igualdad (Vasconcelos, 1958: 903).

Vasconcelos confiesa también que esta evolución le llenó de esperanzas, llevándole a hablar de raza cósmica futura. Antes de ir más allá en la comprensión de la expresión, es necesario evocar rápidamente cuáles fueron sus fuentes: según Claude Fell (1989: 639-640), Vasconcelos se inspiró en la obra de Élisée Reclus, que fue publicada en París en el año 1876 con el título *Nouvelle géographie universelle. La terre et les hommes*. Así lo prueba Fell reiterando un fragmento de Reclus:

Gracias a los cruzamientos incesantes entre pueblos y entre razas, gracias a las migraciones prodigiosas que se realizan y a las crecientes facilidades que ofrecen los intercambios y las vías de comunicación, el equilibrio de la población se establecerá gradualmente en las distintas comarcas, cada país aportará su porción de riquezas al gran acervo de la humanidad y, sobre la faz de la tierra, lo que se llama civilización tendrá en todos lados su centro, en ninguno su circunferencia (Reclus, 1876: 7).

Para Fell, también intervino otra lectura en la génesis de *La raza cósmica*: la de Eugène Pittard titulada *Les races et l'histoire*, en la que el autor afirmaba que desde los más remotos tiempos el continente americano en su conjunto había sido un verdadero escenario de una profunda *miscegenación*, es decir, de una mezcla de razas, haciendo los siguientes planteamientos, que, a no caber duda, llamaron la atención de Vasconcelos:

¿Cuál es la importancia del mestizaje en las calidades energéticas actuales de los indígenas contemporáneos? ¿Es el renacimiento mexicano —es de esperar que tal suceso tenga ramificaciones en otros puntos de América— un fruto exclusivamente indígena que otra vez madura? ¿O habrá que pensar que la mezcla de sangres ha dado a los descendientes de los antiguos indios, a algunos indios, nuevo vigor? (Pittard, 1924: 557).

Ciertos críticos llamaron la atención sobre la influencia en Vasconcelos de Schopenhauer, cuyas ideas acerca de la evolución precedieron la publicación de la obra de Darwin y de Bergson. En su ensayo *La evolución creadora* (1907), el filósofo francés, hablando del evolucionismo, asegura que la experiencia establece que lo más complejo pudo proceder de lo más sencillo por vía de evolución. El hombre continúa el movimiento vital, aunque no lleva consigo todo lo que encierra la vida. En esto pensaba Vasconcelos al escribir un capítulo sobre Bergson y su concepto de élan vital en su texto llamado *Historia del pensamiento filosófico*, publicado en el año 1937:

La evolución de las especies no es fruto de la causalidad que supone el darwinismo, sino una manera de río que impulsado por el élan vital, choca con los obstáculos y se bifurca y varía según unidad que procede de la fuerza misma y de su origen (Vasconcelos, 1961: 432).

Puede ser que para su título, Vasconcelos se haya inspirado en la última obra de Alexander von Humboldt llamado *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*, en que el sabio alemán expone una visión del cosmos, o sea del universo, en su totalidad. Se publicó una edición de los cinco volúmenes en la Im-

prenta de Gaspar y Roig de Madrid en 1874. El primero se editó en 1845. *Cosmos*, apunta Joan Corominas (1976), procede del griego *kósmos*. Lo interesante, si nos atenemos al lingüista español, es que la palabra griega, amén de significar «mundo, universo», tiene también el sentido de «orden, estructura», lo cual no carece de interés para nuestro propósito, máxime si lo relacionamos con las proposiciones de Darwin y de Gobineau. La raza universal, donde coloca el pensador mexicano sus esperanzas para el devenir de la humanidad, se impondría por su orden, su estructura frente al desorden de las razas inferiores.

Esta raza cósmica futura, así llamada, es procreada por el desarrollo de las relaciones sexuales internacionales, además de fecundado por las comunicaciones modernas. La expresión, de mucho impacto, patentiza la finalidad concedida por Vasconcelos al género humano, que, merced al progreso técnico, se adueñará del universo, hacia el cual volvían sus miradas las civilizaciones más adelantadas del mundo, siempre y cuando consiga reducir sus disparidades deletéreas. Refuerza su opinión el análisis de la historia de la humanidad en que la mezcla de razas desembocó en el advenimiento de grandes culturas como la egipcia y la griega. El proceso, recalca el pensador, necesitó condiciones adecuadas, es decir, que no se introdujeran factores muy disímiles, los cuales explicarían el atraso de los pueblos hispanoamericanos. Son ejemplos que, a su modo de ver, se han de tener en cuenta para seguir adelante por la vía del progreso.

Según Vasconcelos, el mestizaje como crisol de la raza cósmica requiere de un factor espiritual para que sea fecundo. ¿Qué sentido dar a esta expresión? Y como expresara este literato: ¿se ha de relacionar únicamente con la religión cristiana que hizo avanzar a los indígenas americanos, en pocas centurias, desde el canibalismo hasta la relativa civilización? (Vasconcelos, 1958: 904-905).

Desde ahora se percibe una extraña ambigüedad acerca de la igualdad de las razas, por lo menos en relación con la dignidad humana. Se evidencia aún más en cuanto se trata del sitio concedido al negro en el proceso. Los estudios sobre la obra de Vasconcelos que venimos analizando, *La raza cósmica*, no dejan de hacer hincapié en su propósito, como por ejemplo el de José D. Naranjo, quien habla acerca de este proyecto de integrar y sintetizar las clases y los grupos étnicos al nivel cultural y político «en una total expansión de su capacidad humana» (Naranjo, 2012).

2. Elementos étnicos y población hispanoamericana

Vasconcelos no se muestra dispuesto a privilegiar de un modo separado a los diferentes elementos étnicos de la población hispanoamericana. Es partidario, eso sí, de la igualdad de todos por derecho natural, por no haber establecido la naturaleza diferencias entre los hombres y menos aún una jerarquía basada en la pigmentación de la piel. Por todo el continente, recalca, no pocos libertadores pusieron en su programa de lucha la igualdad de todos los hombres por de-

recho natural. Se encontraron de cierto modo predestinados para la llamada misión trascendental de fundir tanto étnica como espiritualmente a las gentes.

Cabe demorarse en esta fórmula de mucho peso. Pero no tiene el ideólogo mexicano, debido a un acendrado nacionalismo, una visión que hoy en día llamaríamos comunitaria del porvenir del continente, es decir, que permitiría a cada grupo étnico valorizar su cultura despreciada por siglos de coloniaje y de existencia nacional. Para él, el comunitarismo sería un factor de división. No anhela el filósofo una nación mosaico sino un conjunto homogéneo, condición sine qua non para que, a su parecer, pueda resistir a los embates del porvenir, a las fuerzas centrífugas.

No es nada neutral la elección del verbo fundir. Se trata de plasmar a la nación a partir de una aleación depurada, ya que suele emplear también la expresión raza de bronce. Es decir, sin átomos disímiles que fragilizarían su resistencia. No bastaría derrumbar las barreras sociales erguidas por el pasado, sino que habría que borrar la mácula del origen, factor irracional de fractura y de división. Con el mestizaje, piensa Vasconcelos, aparecerá una nueva mentalidad, la de la raza cósmica, donde se neutralicen las diferencias culturales procedentes de una segregación más social que natural (Vasconcelos, 1958: 904-905).

Esta visión remite al concepto del superhombre, tal como lo define el jesuita Pierre Teilhard de Chardin: «la ley esencial del desarrollo cósmico no es la fusión igualitaria de todos los seres, sino la segregación por la cual eclosiona una élite». Según el filósofo, los seres humanos por sus encuentros se fecundan, se perfeccionan, y la asociación necesaria a la multiplicación de su raza no es sino el esbozo inferior y muy pobre de los florecimientos que genera el comercio de sus almas. La evolución continúa más por perfeccionamientos psicológicos que por transformaciones orgánicas (Teilhard de Chardin, 1965: 41-44). La santa evolución del ser humano, comenta Ernesto Milá, lo lleva al Cristo cósmico que lo envuelve y lo perfecciona en su unión (Milá, 2009).

La fusión racial le parece imprescindible a Vasconcelos para la unión espiritual, sin la cual la humanidad se mostrará incapaz de realizarse plenamente. Visión profética que, haciendo caso omiso de las discrepancias del filósofo con el positivismo, por lo menos tal como se propagó por el Nuevo Mundo, podríamos relacionar con el optimismo de Auguste Comte en su *Curso de filosofía positiva*, donde defendió la tesis según la cual la ciencia había de sustituir al dogma, favoreciendo así el progreso que conduciría a la humanidad hacia un estado más conforme a sus necesidades.

Esboza Vasconcelos la ambición de una nueva cosmovisión en que el hombre, llevado del amor, alcanzaría sustituir a los dioses forjados en las edades pasadas para justificar el avasallamiento del hombre por el hombre. El autor califica este amor de «amor verdadero», como veremos a continuación. Ello da a entender que no se trata solo del amor «cristiano». Quizá esta evocación se deba a Arthur Schopenhauer, quien en *El fundamento de la moral*, editado en el año 1840, habla de la caridad, dando a la palabra el sentido de *caritas*, es decir, de amor. La caridad siempre existió, pero nunca la pusieron en el rango de las

virtudes, hasta que el cristianismo hiciera de ella la primera, extendiéndola incluso a los enemigos. Para el filósofo alemán este fue el mayor mérito de dicha religión. Pero no se olvida de añadir que mil años antes ya se practicaba el amor al prójimo en Asia, con el Veda, el Dharma-Zastra, el Itihasa, el Purana y la doctrina del Buda Shakyamuni. Fuera lo que fuere, antes de escribir *La raza cósmica* el propio Vasconcelos mostró un profundo interés por lo que llamó «el pensamiento indostánico». Después de un detallado estudio que da a conocer en su libro titulado *Estudios indostánicos*, publicado en 1921, le pareció lógico equiparar a san Francisco con Buda, y, más aun, concluir que con Jesús «había aparecido el nuevo Buda, el Buda Misericordioso, el Buda Maitreya», anunciado por el Buda Shakyamuni (Vasconcelos, 1958: 266-267).

A América, la tierra de las tres raíces, le toca la concreción de esta «misión», en una nueva urbe bautizada Universópolis, fundada de un modo simbólico en las tierras vírgenes de Amazonía. Remite al mesianismo que perduró en el Nuevo Mundo desde los principios hasta la época contemporánea. América se transformará de este modo en una tierra de promisión donde se levantará el hombre nuevo, olvidado de prejuicios hondamente lesivos:

Hidalgo, Morelos, Bolívar, Petion el haitiano, los argentinos en Tucumán, Sucre, todos se preocuparon de libertar a los esclavos, de declarar la igualdad de todos los hombres por derecho natural; la igualdad social y cívica de los blancos, negros e indios. En un instante de crisis histórica, formularon la misión trascendental asignada a aquella zona del globo: misión de fundir étnica y espiritualmente a las gentes (Vasconcelos, 1958: 920).

La raza cósmica, forjada en el crisol de la depuración, se libraré de todas las imperfecciones atávicas. Se tratará, en el caso del hombre negro, de una verdadera «regeneración» según los esquemas del abolicionismo. Antes de exponer su plan, Vasconcelos efectúa una comprobación que se niega a idealizar al negro, por lo menos en México: su visión no consigue librarse de los prejuicios del pasado. Asume los tópicos coloniales acerca de un ser despreocupado, sensual e incluso lujurioso: «ávido de dicha sensual, ebrio de danzas y desenfrenadas lujurias», sin preguntarse si su extensión a toda una raza no es un abuso ideológico de parte de la clase dominante, la cual, por otra parte, hizo cuanto pudo para asegurar la remanencia de dichos estigmas y por lo tanto de su poder. Al fin y al cabo, Vasconcelos patentiza con estas referencias su incapacidad de librarse de añejos estereotipos: su retrato de brocha gorda del negro remite a los informes mandados a la Corona española por los responsables religiosos de todas las Indias occidentales y a las relaciones de los viajeros del siglo XVIII (Vasconcelos, 1958: 923). Y abundan los ejemplos a que nos referimos en trabajos anteriores. Nos contentaremos con citar aquí la descripción que hizo Concolorcorvo en *El lazarillo de ciegos caminantes* de los bailes de negros que pudo ver durante su viaje de Buenos Aires al Alto Perú en 1771:

Sus danzas se reducen a menear la barriga y las caderas con mucha deshonestidad, a que acompañan con gestos ridículos, y que traen a la imaginación la fiesta que hacen al diablo los

brujos en sus sábados, y finalmente sólo se parecen las diversiones de los negros a las de los indios, en que todas principian y finalizan en borracheras (Concolorcorvo (Carrió de la Vandera), 1974: 109).

Esta sería la hipótesis más optimista, porque bien podría ser que Vasconcelos, pese a su rechazo posterior de las enseñanzas del conde Gobineau, se hubiera dejado influir por su presentación recurrente de los negros. El conde empezó por afirmar que nunca consiguieron salir de su impotencia: en Haití seguían sufriendo la influencia de sus abuelos africanos, siendo la pereza su suprema alegría. Muy significativa también la influencia del escritor francés en cuanto al juicio de que el baile y la música para el negro son manifestaciones de la pasión más irresistible. La sensualidad era, según él, una de las mayores motivaciones de la danza, si no la mayor. Pero hay más: según Gobineau, el negro, para valorizar sus facultades, necesitaba aliarse con una raza de dotes diferentes. Sin embargo, Gobineau afirma a continuación que el producto de dicha alianza no logrará reunir todas las cualidades de ambas razas: «le produit qui en résulte ne réunit pas les qualités entières des deux races» (Gobineau, 1983: 186, 476).

El ideólogo mexicano adopta la primera parte de la proposición, disintiendo de la conclusión en la medida en que si no se suman las cualidades de las dos razas con su mezcla, esta por lo menos da luz a otra cualidad superior que no poseían separadamente. Felizmente, da a entender, el mestizaje consiguió alisar buena parte de los defectos de los negros: «en el mundo iberoamericano, el problema no se presenta con caracteres tan crudos; tenemos poquísimos negros y la mayor parte de ellos se han ido transformando ya en poblaciones mulatas» (Vasconcelos, 1958: 928).

Considero que vale la pena citar una anécdota que ocurrió durante la visita de Vasconcelos a Cartagena de Indias. Al recibirle, el director alemán del Colegio Secundario le expresó su sorpresa con cierta torpeza: creía que su huésped era mulato. Le contestó el viajero con un evidente escepticismo sobre la capacidad de los mestizos y los mulatos para obrar en pro de su propia regeneración, y así consta en el libro titulado *El proconsulado. La molición tropical*, publicado en el año 1939 e incluido en sus *Obras completas*:

— Pues crea usted —le dije— que si yo fuese mulato o mestizo, no me habría atrevido a formular la teoría de la Raza Cósmica. Esta audacia sólo puede tenerla uno a quien no le va interés propio en el problema. Un indio, un mulato, están todavía bajo la influencia de su complejo de inferioridad que los lleva, usted lo ve en la literatura hispanoamericana, al servilismo, al mimetismo de las novias ideales de manos blancas y ojos azules...

Y concluí:

— Es mi tragedia, el ser apóstol de parias, abogado de clientes que no tienen fe en su propia causa (Vasconcelos, 1958: 344).

3. Elemento negro en América

Habría mucho que decir sobre lo rotundo de la primera parte de la aseveración presentada más arriba, que no toma en cuenta la densidad del elemento negro

en Centroamérica, en Colombia e incluso en ciertas áreas del Ecuador y del Perú, donde dista mucho de reducirse al grupo mulato, para solo atenerse a su situación en el Brasil y en las Antillas. En *Bolivarismo y Monroísmo*, del año 1934, afirma que en el Norte de las Américas existen veinte millones de negros y nueve millones de mulatos frente a cien millones de blancos, mientras en el Sur:

La población total de noventa millones se descompone en siete millones de indios, diez o doce millones de negros en el Brasil y las Antillas y alrededor de veinte millones de mestizos de indio y español y aproximadamente cuarenta millones de blancos mediterráneos. Al revés del Norte, el mestizaje es la regla en el Sur (Vasconcelos, 1958: 1350).

Para México, Gonzalo Aguirre Beltrán asevera que el movimiento revolucionario dio entre 1910 y 1940 la preponderancia a los estudios sociales sobre el indio, lo cual explica:

La ausencia de cualquier alusión a los negros como sector de la población que de una u otra manera podría haber contribuido en la formación de la nacionalidad mexicana. No es, pues, extraño constatar que en todos los casos en que se habla de mestizaje en México, sus autores hacen exclusiva referencia a la mezcla de la población blanca dominante con la americana vencida. Nadie se cuida de considerar la parte que toca a los negros en la integración de una cultura en México (Aguirre Beltrán, 1972: 9).

Pero, si bien se introduce en la mente del lector cierta duda en cuanto a la objetividad de Vasconcelos —que confunde la realidad con sus sueños por no tomarse la molestia de comprobar sus datos—, algo más grave asoma de un modo implícito. Para Vasconcelos el mestizaje, que presenta como el medio de sacar lo mejor de cada raza, sería la única manera de acabar con la barbarie. En su texto *Indología* Vasconcelos expresa su admiración por la lucha en contra de la barbarie llevada adelante por Domingo Faustino Sarmiento con «la europeización del continente y la difusión de la escuela primaria» (Vasconcelos, 1958: 1236-1237).

El caso es que nos aproximamos a la visión esbozada por el literato y presidente argentino Sarmiento. Así aparece en la cita siguiente, sacada de su clásica obra titulada *Facundo. Civilización y barbarie*, que vio la luz en el año 1845, aunque Vasconcelos no se muestra tan despiadado para con los blancos, dada la diferencia de contexto geográfico:

Las razas americanas viven en la ociosidad y se muestran incapaces, aun por medio de la compulsión, para dedicarse a un trabajo duro y seguido. Esto sugirió la idea de introducir negros en América, que tan fatales resultados han producido. Pero no se ha mostrado mejor dotada de acción la raza española, cuando se ha visto en los desiertos americanos abandonada a sus propios instintos (Sarmiento, 1962: 15).

Volviendo a nuestro tema, estos negros, según Vasconcelos, se «han ido transformando» en «poblaciones mulatas». Esta *miscegenación* se inscribiría en el enfoque del positivismo, si no fuera demasiado atrevido asegurarlo. Dicho de

otro modo, el progreso hacia la civilización conlleva la desaparición del atavismo genético de las razas menos desarrolladas. ¿Cómo no ver lo reductor del concepto, que bien podría calificarse de racista por muy disfrazado de científico que se presente? Admite Vasconcelos que la mezcla no deja de suscitar la reprobación de la gente decente, con la salvedad de casos excepcionales. Como señalara en *La raza cósmica*:

Actualmente, en parte por hipocresía y en parte porque las uniones se verifican entre personas miserables dentro de un medio desventurado, vemos con profundo horror el casamiento de una negra con un blanco; no sentiríamos repugnancia alguna si se tratara del enlace de un Apolo negro con una Venus rubia, lo que prueba que todo lo santifica la belleza (Vasconcelos, 1958: 932).

Esta referencia a la belleza humana se debe posiblemente también a Schopenhauer. En *El mundo como voluntad y como representación* (1815), a propósito de las Bellas Artes, dice el filósofo alemán que la belleza humana es una expresión objetiva que figura la objetivación más perfecta de la voluntad en el más alto grado en que se puede conocerla. Apela a Goethe, quien aseguró que el soplo del mal no puede nada en contra del que contempla la belleza humana. Y resulta que esta santificación resulta, por lo menos, algo ambigua. Es muy ingenuo creer que la belleza suscitaría la adhesión de la opinión pública. Detrás de lo que el autor califica de estético, existe efectivamente la posibilidad de que se oculten el erotismo exótico y, peor aún, la neurosis que trató el psicoanalista antillano Frantz Fanon en su obra *Piel negra, máscara blanca*, publicada casi tres decenios después, y que evoca el estado de ánimo del negro que ama a una mujer blanca: se desposa con la cultura blanca, con la belleza blanca, con la blancura blanca (Fanon, 1952).

No se puede, arguye Vasconcelos, hacer caso omiso del movimiento de repulsión por la raza negra, debido a, como hemos dado a entender más arriba, los lugares comunes acumulados a través de siglos de esclavitud con el fin de mantener los lazos de dependencia, circunstancia que pasa por alto ideólogo.

No se trataría pues de brindar a cada raza, y a la negra en particular, los medios de afirmarse en la sociedad destinada a plasmar la raza cósmica. Habida cuenta de los compromisos de Vasconcelos, creador y titular (1921-1924) de la Secretaría de Educación Pública de su país bajo el mandato de Álvaro Obregón, se puede sospechar que la educación desempeñaría un papel de primera magnitud en la «regeneración» o la «redención del negro». No se demora Vasconcelos en este aspecto, salvo para condenar a los que pretenden «aplicar sistemas de reservación norteamericana a nuestras poblaciones indígenas». Pretende sostener «el viejo sistema cristiano español que desde hace cuatrocientos años decidió reunir en la misma cátedra al indio, al negro y al blanco. No apoyamos, entonces, el sistema yanqui de escuelas especiales para indios, sino el sistema criollo de llevar el indio a la misma escuela nacional que lo asocia al blanco». Al indio, y al negro, si nos referimos a lo susodicho sobre el viejo sistema cristiano español, aunque la visión retrospectiva del ideólogo resulta de un optimismo

asombrador. Estos textos aparecen en su libro *De Robinsón a Odiseo. Pedagogía estructuralista*, publicado en 1935 (Vasconcelos, 1958: 1605).

Andando el tiempo, en un movimiento que algo tiene que ver con el mendelismo al que se refiere varias veces el ideólogo, lo feo que impuso la miseria se sustituiría por lo hermoso. Así consta en su obra *La raza cósmica*, donde identifico especialmente los términos «monstruosidades» y «abominable»:

La conciencia misma de la especie irá desarrollando un mendelismo astuto, así que se vea libre del apremio físico, de la ignorancia y la miseria, y de esta suerte, en muy pocas generaciones desaparecerán las monstruosidades: lo que hoy es normal llegará a aparecer abominable. Los tipos bajos de la especie serán absorbidos por el tipo superior. De esta suerte podría redimirse, por ejemplo, el negro, y poco a poco, por extinción voluntaria, las estirpes más feas irán cediendo el paso a las más hermosas (Vasconcelos, 1958: 933).

En *La tormenta*, Vasconcelos, evocando su viaje en barco de Jamaica a Cuba, evoca de nuevo la fealdad que impone la miseria entre los negros, dando la palabra a una negrita «fea, bajita, y sin embargo, inteligente, conversadora»:

—Mire usted —dijo la negrita señalando a una negra que en uno de los grupos amamantaba a un nene—, mire... ¿Qué feo, verdad...? Es por eso —añadió— por lo que no quiero casarme con negro... no quiero tener un hijo así... (Vasconcelos, 1958: 1068).

En su *Tratado de metafísica* del año 1929, incluido en las *Obras completas* en las que nos apoyamos en este artículo, Vasconcelos enfatiza que «prolongando las experiencias mendelianas se descubre que la recesiva llega a reproducirse sólo en la proporción de un tercio y que en general tiende a desaparecer» (Vasconcelos, 1959: 549). Diríamos que Vasconcelos interpretó a su manera las leyes de Gregor Johann Mendel sobre la hibridación. Concede una excesiva importancia al carácter dominante en el híbrido, que en realidad no destruye el carácter recesivo, sino que lo eclipsa, lo cual no impide una posible reaparición. Y sobre esta reaparición no escribe ni una palabra, como se ve con el empleo del verbo desaparecer en la cita precedente.

Piensa más bien Vasconcelos en una especie de selección eugénica que eliminaría lo malo del negro. Atraído por lo bueno, por lo mejor, el negro, con el mestizaje, se alejaría del pecado original sin prescripción coactiva, sacrificando a sus antepasados en el altar del progreso por el bien de su descendencia. Pasaría así, merced a la «eugenesia estética» de la raza inferior, salvaje, a una raza superior, no la del antiguo dueño esclavista, sino aquella a quien quiere plasmar el ideólogo. Claro que todo sería cuestión de tiempo, lo cual no tendría mucha importancia al nivel cósmico que señaló este autor en *La raza cósmica*:

Las razas inferiores, al educarse, se harían menos prolíficas, y los mejores especialmente irán ascendiendo en una escala de mejoramiento étnico, cuyo tipo máximo no es precisamente el blanco, sino esa nueva raza, a la que el mismo blanco tendrá que aspirar con el objeto de conquistar la síntesis. El indio, por medio del injerto en la raza afín, daría el salto de los millares de años que median de la Atlántida a nuestra época, y en unas cuantas décadas de eugenesia

estética podría desaparecer el negro junto con los tipos que el libre instinto de hermosura vaya señalando como fundamentalmente recesivos e indignos, por lo mismo, de perpetuación. Se operaría en esta forma una selección por el gusto, mucho más eficaz que la brutal selección darwiniana, que sólo es válida, si acaso, para las especies inferiores, pero ya no para el hombre (Vasconcelos, 1958: 933).

A Vasconcelos le escandalizaba la tesis que hace del negro una especie de eslabón, que está más cerca del mono que del hombre rubio (Vasconcelos, 1958: 934). Pero no se puede pasar por alto la progresión del discurso, cuya concatenación desemboca en la desaparición del negro por motivos estéticos:

<p>A. Comprobación: comportamiento y aspecto físico de los negros</p>	<p>1. monstruosidades ↓</p>
<p>B. Solución: resultados del mestizaje</p>	<p>2. abominable ↓ 3. menos prolíficas (razas inferiores) ↓ 4. desaparecer</p>

Vasconcelos también rechaza la pretensión de superioridad del hombre blanco y acaba condenando el darwinismo. Pero no se da cuenta de que la «eugenesia estética» no es menos racista, ya que se apoya en una elección del hombre para eliminar lo que no encaja con su visión prospectiva de la humanidad. Iberoamérica está predestinada para cumplir esta misión. La misión sería más reductora que benéfica, por mucho que dijese el autor, por fundamentarse en tópicos tan trillados como llevados. Se reducirían las potencialidades del negro al sustrato animal procedente de los días remotos de la Lemuria, supuesto continente desaparecido que debe su nombre a los lémures, que son monos particularmente ágiles. Por ello en *La raza cósmica* este escritor señalaría:

Solamente la parte ibérica del continente dispone de los factores espirituales, raza y el territorio que son necesarios para la gran empresa de iniciar la era universal de la Humanidad. Están allí todas las razas que han de ir dando su aporte; el hombre nórdico, que hoy es maestro de acción, pero que tuvo comienzos humildes y parecía inferior, en una época en que ya habían aparecido y decaído varias grandes culturas; el negro, como una reserva de potencialidades que arranca de los días remotos de la Lemuria; el indio, que vió perecer la Atlántida, pero guarda un quieto misterio en la conciencia; tenemos todos los pueblos y todas las aptitudes, y sólo hace falta que el amor verdadero organice y ponga en marcha la ley de la Historia (Vasconcelos, 1958: 941).

Según el zoólogo Philip Sclater, la hipótesis que defendió el naturalista alemán Ernst Haeckel fue la siguiente: el continente desaparecido de Lemuria se situaría en el océano Índico, hipótesis que se basa en la presencia de lémures

tanto en Madagascar como en Malasia. Esta referencia nos autorizaría para poner en tela de juicio la sinceridad de la protesta del ideólogo, evocada renglones arriba, en contra del parentesco entre el negro y el mono. O sea que el mestizaje cósmico permitiría a la humanidad seguir gozando de la resistencia de su estirpe animal, más cercana en el negro, para hacer progresar la superioridad no del hombre blanco sino... ¡del espíritu blanco! Claude Fell, por ejemplo, subraya que Vasconcelos reconoció de manera implícita la superioridad de la civilización blanca. Y que aunque deseaba verla despojarse de su altanería y de su instinto dominador, esa civilización seguía siendo el referente fundamental en el proceso del mestizaje de la América ibérica (Fell, 1989: 646).

Reflexiones finales

El pensador mexicano recordó la explicación ofrecida por Darwin acerca de la selección natural, un principio que preservaba las variaciones favorables, rechazando así las variaciones perjudiciales. Sin embargo Vasconcelos pecó de ingenuidad, primero por su voluntad demiúrgica, y segundo por querer crear un ser híbrido. Según Darwin, lo habían hecho los hombres en diferentes lugares y en diversas épocas, cualquiera que fuera su cultura, para las especies tanto animales como vegetales: toros, ovejas, etc. (Darwin, 2013: 659-710). Pero él quiso hacerlo a partir de caracteres que no son naturales sino convencionales, artificialmente atribuidos por los esclavistas con el único fin de asentar la perennidad de su supremacía. Por ello, Vasconcelos no vaciló en borrar lo «monstruoso» de los orígenes con elucubraciones ético-estéticas, para conseguir, de este modo, organizar y poner en marcha la ley de la historia hacia el progreso, como consta en *La raza cósmica* (Vasconcelos, 1958: 941).

Resulta sumamente estremecedora la comprobación. Bien mirado: ¿no sería la utopía vasconcelana una modernización darwiniana de la *polis* aristotélica, matizada con una pizca de platonismo? No pocos comentaristas de *La raza cósmica* hacen hincapié en la impronta que dejó en el joven Vasconcelos y sus compañeros de estudios la filosofía de Platón, y en particular la relación entre lo hermoso y lo bueno (*kalaskaia gathos*), a la cual se añadió la huella de la enseñanza de Schopenhauer, como tenemos dicho.

En *El monismo estético* (1919), Vasconcelos afirma que la ley de la belleza se parece al bien (Vasconcelos, 1961: 56). Y en 1937, en el capítulo XI dedicado a Platón de su *Historia del pensamiento filosófico*, subraya que «la ética busca el bien absoluto, y éste se confunde con la belleza y la belleza es el esplendor divino» y que «la gran preocupación platónica es la de lo bello». A esta visión de lo hermoso como invitación al bien, remozada por Schopenhauer, añadió el ideólogo mexicano un dejo de positivismo (Vasconcelos, 1961: 190).

En su prólogo a la edición de 1948 de *La raza cósmica*, es decir, después de la victoria de los aliados al final de la segunda guerra mundial, Vasconcelos no pudo menos que convenir que la selección natural, concebida por Darwin y

adaptada al terreno social por Gobineau, promovió la teoría del ario puro impuesta de forma aberrante por el nazismo (Vasconcelos, 1958: 903). Su proposición de mestizaje basado en una asimetría fungible, por mucho que ande con rodeos, no resulta menos descarriada.

Recordemos que Pablo Neruda, en la sección II del *Canto General*, publicado por la editorial Losada de Buenos Aires en 1955, y que lleva por título «A las alturas de Macchu Picchu», anhela también el nacimiento del hombre nuevo americano: «sube a nacer conmigo, hermano» (Neruda, 1955). Pero el águila sideral de la ciudad-fortaleza le permite al poeta experimentar un movimiento opuesto al de Vasconcelos, sin perderse en consideraciones utópicas, ensalzando, aunque de una manera idealizadora, la idiosincrasia de la raza incaica, despreciada por las diferentes manifestaciones de la dominación, y de las otras razas indígenas que lucharon por su dignidad, así como el compromiso de cuantos actuaron en su pro, siendo al fin y al cabo para el poeta la humanidad americana una suma y no una fusión de elementos muy diversos. La redención del negro propuesta por Vasconcelos, en un autosacrificio de tipo platónico-crístico, desembocaría paradójicamente en su extinción voluntaria para favorecer el surgimiento de una raza superior.

Si bien la parte conceptual de *La raza cósmica* tuvo cierto éxito en su época por reconocer a cada una de las tres raíces de la población hispanoamericana una participación en el surgimiento de un hombre nuevo, contrariamente a lo que pasaba en el país vecino, Estados Unidos, el examen de las proposiciones de Vasconcelos pone de manifiesto un incuestionable sustrato racista, debido a la ignorancia del autor sobre el pasado del negro en México, para interpretaciones apresuradas y subjetivas de las teorías científicas del darwinismo y del mendelismo, y principalmente quizá para la influencia deletérea del gobinismo. ¿Cómo no relacionar esta conclusión con los severos juicios formulados por varios investigadores acerca de la evolución política de Vasconcelos, sin hablar de los comentarios despreciadores propuestos en la red? El pensador que tanto hizo por la cultura mexicana, subraya Carlos Monsiváis, concluyó efectivamente «exaltando dictaduras como la franquista» (Monsiváis 2009: 993).

Felizmente unos exponentes de las artes que contribuyó a favorecer, como los muralistas Diego Rivera y José Gordillo, valorizaron el sitio del negro en la formación de la nación mexicana, con el rey cimarrón Yanga, como se puede ver en el Palacio Nacional o en el antiguo Palacio Arzobispal de México.

Bibliografía citada

- AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo (1972). *La Población negra de México* (1.ª ed. 1946). México: Fondo de Cultura Económica.
- BERGSON, Henri (1907). *L'évolution créatrice*. París: Presse Universitaires de France.
- COMTE, Auguste (1830-1842). *Cours de philosophie positive*.

- CONCOLORCORVO (CARRIÓ DE LA VANDERA, Alonso) (1974). *El lazarillo de ciegos caminantes*. Lima: Biblioteca Peruana.
- COROMINAS, Joan (1976). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos.
- DARWIN, Charles Robert (1880 [1859]). *El origen de las especies por medio de la selección natural, ó conservación de las razas en su lucha por la existencia*. Madrid: Lucoix y Cía.
- (2013). *La variation des animaux et des plantes à l'état domestique*. Œuvres complètes xxiii-xxiv. Ginebra: Slatkine, Travaux de l'Institut Charles Darwin International.
- FANON, Frantz (1952). *Piel negra, máscara blanca*. Buenos Aires: Abraxas.
- FELL, Claude (1989). *José Vasconcelos: los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- GOBINEAU, Joseph Arthur, comte de (1983). *Essai sur l'inégalité des races humaines*. Œuvres (1853-1855). Edición de Jean Gaulmier. París: Gallimard.
- HUMBOLDT, Alejandro de (1874). *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*. Madrid: Imprenta de Gaspar y Roig.
- MILÁ, Ernesto (2009). «José de Vasconcelos o lo que queda de la raza cósmica». *Cultura*, 14 de octubre. Disponible en: <http://infokrisis.blogia.com>.
- MONSIVÁIS, Carlos (2009). «Notas sobre la cultura mexicana en el siglo xx». *Historia General de México*. México: El Colegio de México.
- NARANJO, José D. (2012). «La raza cósmica de Vasconcelos». Disponible en: www.facebook.com/permalink.php?id=181590608564352&story_fbid=335931746463570.
- NERUDA, Pablo (1955). *Canto General*. Buenos Aires: Losada.
- PITTARD, Eugène (1924). *Les races et l'histoire*. París: La Renaissance du livre.
- RECLUS, Élisée (1876). *Nouvelle géographie universelle. La terre et les hommes*, tomo 1. París: Hachette.
- SALADINO GARCÍA, Alberto (comp.) (2004). *Humanismo mexicano del siglo xx*, tomo 1. Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México.
- SARMIENTO, Domingo (1962). *Facundo. Civilización y barbarie* (1845). Buenos Aires: Espasa Calpe.
- SCHOPENHAUER, Arthur (1815). *El mundo como voluntad y como representación*.
- SOSA RAMOS, Anastasio (2006). «El humanismo iberoamericano de José Vasconcelos». México: Universidad Nacional Autónoma de México. Disponible en: www.ensayistas.org/critica/generales/C-H/mexico/vasconcelos.htm.
- SPENCER, Herbert (1861). *Education, Intellectual, Moral and Physical*. Londres: Strand.
- TEILHARD DE CHARDIN, Pierre (1965). *La Place de l'Homme dans la Nature (le groupe zoologique humaine)*. Francia: Éditions du Seuil.
- VASCONCELOS, José (1957-1961). *Obras completas*, tomos 1, 2, 3 y 4. México: Libreros Mexicanos Unidos.

Fecha de recepción: 10 de abril de 2015

Fecha de aceptación: 3 de junio de 2015